

X Por Enrique Garcés

QUITO-PANIBEROAMERICA



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

En el homenaje que la Unión Ibero Americana de Madrid dedicó a la ciudad de Quito, con motivo de celebrarse el IV Centenario de su fundación, el 6 de diciembre de 1934.

Esta charla sencilla, deshilvanada, no merecería el honor que se le ha dispensado. Ninguna requisitoria —por carecerla en absoluto— hace posible dar lustre a estas palabras. Únicamente el cariño que se sabe sentir a España y que se agranda en proporción indecible cuando uno se satura de su belleza e hidalgua, puede haber sido fuerte acicate para afrontar esta audacia. Luego, en el acento que modula mi voz típicamente americana, vais a encontrar algo que no os sea grato al oído. Mi castellano es bastante pervertido con la usanza de la dialéctica nativa. Pero, si no sé pronunciar las sílabas como deben ser pronunciadas, en cambio llevan ellas el fervor y el cariño que, como son de herencia española, tienen ya suficiente prestigio. Al cumplirse hoy el cuarto centenario de la fundación de Quito, Capital del Ecuador, quiero rendir homenaje a la España misionera de cultura y a esa bella ciudad andina que ha grabado en su heráldica los colores máximos a que puede tener derecho un pueblo: Quito es Luz de América y es para ella un fanal mantener siempre ardiendo las llamaradas del espíritu.

El 15 de agosto de 1534 el Mariscal Diego de Almagro, con su Teniente Sebastián de Benalcázar, acampó en la llanura de Cicalpa distante de la actual ciudad de Quito unos doscientos kilómetros. Almagro tuvo que apresurarse a fundar la ciudad, denominándola Santiago de Quito, porque había recibido noticias de que Alvarado, el Conquistador de Guatemala, se dirigía hasta el norte del Perú. A nombre de Francisco Pizarro, se hizo esta primera fundación. Alvarado

efectuó con Almagro las transacciones del caso a fin de evitar que pudiesen ser arrebatados los derechos de Pizarro. Entonces Almagro dejó sin valor esta primera fundación y, el 28 del mismo mes, mandó que la ciudad que debía llevar el nombre de San Francisco de Quito, tuviera su asiento definitivo en las mismas faldas del Pichincha, donde había estado establecido un pueblo de indigenas. Es curioso este modo de fundar una ciudad desde una distancia tan grande y es interesante indicar que en esta fecha se cumplía el aniversario de la muerte del Inca Atahualpa, en Cajamarca. Mientras Almagro regresaba al Perú, Benalcázar quedaba encargado de pacificar la zona que hoy corresponde al Ecuador. Y sólo el 6 de diciembre de ese mismo año, entró al sector elegido para la fundación de Quito. Produce una intensa emoción leer el acta que suscribieron en esta vez los conquistadores. Hombres adustos, firmando un documento escrito en ese recio castellano de entonces. Escrito con rudeza, como si hubieran utilizado la punta de sus espadas para el trazo de esos rasgos enérgicos que simbolizan decisión de leyenda. El 20 de diciembre, señalaban en la tierra moza las primeras delineaciones de plazas y calles. Eran 204 españoles los vecinos de la villa.

Los indígenas llamaban al centro de sus caseríos: «Anacaurí», que significa algo así como «corazón del poblado». Los españoles hicieron Quito sobre los latidos del corazón indiano. A 2.800 metros sobre el nivel del mar, frente a un paisaje cordillerano, los iberos dibujaron ese otro corazón de castiza contextura: La Plaza Mayor. El rectángulo que escuchará las confidencias de un surtidor de agua al abandonarse en el arabesco de las piletas. Ese rectángulo de la Plaza Mayor donde iba a converger la vida urbana, donde retozaría el viento y el comentario político, donde se levantaba el magro aparato de la horca.

Los aborígenes siempre temerosos de los ataques de sus enemigos, construían sus ciudades en sitios de estrategia militar. Los «quitus» eligieron el pie del Pichincha. Midieron la profundidad de los abismos y sin saber de los fosos medioevales, los utilizaron así. Los españoles debieron evocar con nostalgia las callejitas estrechas de Toledo, Sevilla, Madrid, y por obra de mística oración las plantaron en el suelo quiteño. Los hispanos, en virtud de no sé qué transmutación, forjaron la arquitectura de las ciudades españolas

en aquellas que iban fundando en América. Benalcázar dibujó en el cielo andino el capricho eterno de las cúpulas y torreones. Se creaba en ese momento una fisonomía peculiar que ampliaba las facetas del Arte. Porque si España modelaba, enseñaba, el indio al esculpir en la piedra dejó también algo de su alma. Secretamente, superándose a su dolor de vencido, mezcló con el arte español, su pensamiento exaltado en el ansioso dialogar del obrero con la materia. Los españoles fueron a dar origen al mestizaje de la raza. Pero el mestizaje alcanzó también a las manifestaciones del pensamiento. Esto es lo que nosotros entendemos por «caracter» de América. Cuando necesitamos averiguar nuestro pasado es preciso encontrarnos en vosotros los españoles y en los primitivos dueños de las tierras americanas. Nosotros somos originarios de Extremadura, Andalucía, Castilla, así como del Anáhuac, Chichén Itzá, Kuzco y la patria de los Shyrís.



Era el Pichincha un endómito volcán. La fauce plutónica se mantenía abierta, humeante, terrible. Monumental incensario para quemar el incienso del azufre en las aras de los dioses aborígenes. El Sol y la Luna (El «Inty» y la «Illa» del Incario), vieron huir a los cóndores que abandonaban el risco donde construyeron su nidal.

Cuando los iberos se alojaron en las faldas, el Pichincha apaciguó sus furias». El penacho de humo negro que se encrespaba en la cima, rubricó un signo de homenaje y se convirtió en pebetero. Como surgiera Quito, el Pichincha peinó su cabellera de grietas, dió armonía al canto monorritmo de sus cascadas, desató el vendaje de nubes que envolvía su testa, invitó a los cóndores para que volvieran. Y una placidez infinita le invadió al volcán como si se sintiera inmensamente feliz al haberse desposado con la ciudad.

Las cumbres blancas del Chimborazo, el Cotopaxi y el Cayambe, enviaron mensajes de luz. Antenas ciclópeas, captaron la emoción del Sol y de la Luna para esparcir la al mundo en la ignorada onda de sus secretos coloquios. Y fue

tan magnífico el dialogar de los colosos, que arrojaron al llano y las cañadas las colas de sus mantos de nieve. Es el Guayas el manojo de lirios que floreció en las riberas del manantial. Vetas de amorios que fueron de Quito al Atlántico y al Pacífico como embajadores de la altura.

¡Cuando se fundó Quito, a los Andes les había nacido el corazón!

Fray Jodoco Riki Marxelair, un monje franciscano, llevó desde España la primera espiga de trigo. Plantada en la plaza del convento todavía humilde y pequeño, pronto se doró la tierra con la mies madura. Es en Quito donde germinó esa primera semilla que hoy esmalta las colinas y los valles del Mundo de Colón. A veces aparece una pregunta inquietante: ¿No fue, acaso, el metal de los Incas transformado en espiga por el milagro español? Pero Fray Jodoco, al plantar la semilla de trigo, se nos aparece como significado total de la siembra que hizo España en Quito. La tierra virgen tenía ansiedades de ser una mujer con el vientre grávido. Germinación maravillosa en la tierra, en la sangre, en el pensamiento: En Quito, a poco de establecida la Colonia, aparece una revolución llamada de «Las Alcabalas». Esta revolución no es sino la primera muestra del alma rebelde que había surgido por la mezcla de dos sangres: española e india. Es en Quito donde el doctor Eugenio Espejo, encarna el pensamiento de la libertad americana. Funda el primer periódico de América al que le da este nombre francamente bello: «Primicias de la cultura de Quito». El doctor Espejo se adelanta a Jenner en las doctrinas acerca de la viruela. Es también un quiteño ilustre, José Mejía Lequerica, que en las Cortes de Cádiz rivaliza con el divino Argüelles y proclama los grandes principios de la civilización humana: “Abolición del Santo Oficio, Libertad de Imprenta, Supresión de los Señoríos, Creación de los Derechos ciudadanos”. Y a comienzos del siglo pasado fue Quito la que, ante el asombro de América, proclamaba su libertad. Pero Quito quería liberarse de un régimen, no de España. Esto es claro, sencillo, si imaginamos el pesado sistema de la organización de los Gobiernos coloniales.

Quito, tesoro artístico, herencia hispana. Ciudad española de los Andes, conserva el grato sabor que imprimen su gracia y aspecto castizos. Mientras el alud del siglo moderno avanza por sus campos aledaños, el «anacauri», la plaza mayor, late con el mismo latido de antaño. Y es en la sede de la Capital de la República donde el pensamiento ecuatoriano se concentra en el inteligente amor a su Madre: España.

Quito es hoy la urbe populosa. Quizá pocas ciudades puedan reunir tanta belleza. Imaginad la grandeza de los Andes, cuyas cumbres se constituyeron en «Guardias de Corps» de esta soberana. Imaginad una síntesis de valores artísticos cuidadosamente depositados por los españoles. Imaginad el impreciso recuerdo de los indios dejando sus huellas. Quito, encumbrada al sitio donde tiemblan las alas de los cóndores y donde el cielo aprende a ser azul, es en verdad bella, con una belleza que es médula de su alma. Por eso es hidalga, españolamente. Por un Código castellano que impone sus preceptos de cultísima ciudad. Que tiene un Korán aborigen en el que reza sus oraciones al único dios que le ha quedado del Incario: la felicidad de su tierra. Quito es más que un conjunto de calles y edificios acoplados en virtud de las necesidades urbanas. Quito tiene un psiquismo tan regio, que bulle en su entraña con un ardor que se adivina, que contagia, que produce la alegría de vivir. Quito tiene cimientos de historia, de grandeza, de hombría, de mística leyenda. Y no es que mi loanza de ecuatoriano haya subido hasta los bordes. No. La nostalgia de su recuerdo en esta España evocadora y augusta, ha querido convertirse en palabras para llamarla por sus nombres.

Y las hermanas de Quito, preclaras e hispanas, son también inspiradoras del sortilegio de la raza: Guayaquil, centinela del Pacífico, belleza tropical. Loja, recuerdo del valor de los conquistadores. Cuenca, ateneo literario. Riobamba, dibujo hermoso en la paleta andina. Ambato, fragancia de jardines, cuna de Montalvo. Ibarra, unciosa como Avila. Tulcán, bastión de libertad. Esmeraldas, prometedora y pujante. Portoviejo, solar cariñoso y gentil. Machala, encantamiento de la naturaleza. Latacunga, hogar grato como de familia. Babahoyo, góndola eterna sobre sus ríos. Guaranda, pintoresco rincón de serranías. Azogues, temblor de emociones.

¿No habéis sentido como saben a efectos estos nombres entre los que hay algunos transplantados de España? Allá en mi patria, os podríais encontrar a cada momento. Así como yo me he encontrado en las ciudades que aquí conozco: Madrid, Sevilla, Toledo, Córdoba, Cádiz, Huelva, Avila.

No he querido hacer en estos momentos un capítulo de historia. No puedo ni debo hacerlo. Es necesario que nosotros, los jóvenes de América y España, analicemos todos los días—con mayor razón en fechas magnas como recuerdan la fundación de Quito—el profundo significado de la obra de nuestros antepasados y la responsabilidad de las generaciones que recibieron esa herencia. Al fundarse Méjico, Lima, Quito, Buenos Aires, Bogotá, España no se empeñaba únicamente en el ensanche de sus dominios. No. Pensarlo así sería criminal. España cumplía la misión que le encomendaba el siglo. Un pueblo cuando llega a plenitud de cultura en función del tiempo, necesita cumplir deberes que le son propios: tal el de civilizar a otras latitudes. España, que había descubierto un Mundo para corregir los errores de la Ciencia y rectificar hasta el credo de las religiones, no podía apartarse del señero fijado en el ineludible proceso de la evolución humana. Yo nunca en mi vida diré que el descubrimiento de América sea una tarea de valor en función de fuerza que concede a un país la guerra, por ejemplo. Para mi humilde criterio, el descubrimiento es valor de la Raza, pujanza intelectiva, decisión, cumplimiento de una orden tácita. No soy un partidario de los deterministas, pero es preciso anotar que España tenía que cumplir lo que le estaba encomendado porque había llegado a la linde de sus destinos.

La creación de América española, es para nosotros algo más hondo todavía. En medio de la actual discrepancia que barrunta el egoísmo nacionalista de los pueblos, ¿no es acaso prometedor el crecimiento de 23 repúblicas, con identidad de origen y de lengua? Con España y Portugal, no estamos destinados a cumplir una misión de alta trascendencia en el proceso de la civilización del globo?

Los ecuatorianos sabemos admirar con profundo respeto a Paniberoamérica. Por eso quiero exponer cómo siente Quito y, con ella, mi patria entera, la tesis iberoamericana. Y si vosotros me permitís, diremos en adelante Paniberoamérica. Esta denominación me parece que significa algo así como un Estado, aunque lo de términos gramaticales bien puede quedar para las disquisiciones socráticas.

Paniberoamérica tiene su territorio nacional con la siguiente linderación: Al norte, Estados Unidos de América, el Mar Cantábrico y Francia. Al sur, el Mar de Magallanes y el África de las colonias. Al oriente, el Mediterráneo y el Atlántico. Al occidente, el Pacífico y el Atlántico. Los habitantes de este gran pueblo suman 130 millones, son de origen común y tienen iguales destinos. Esto lo hemos aprendido en la Geografía que aún no se escribe.

¿Por qué no se hace realidad inmediata Paniberoamérica? Porque tenemos el pecado de ser esencialmente declamadores. Nada más que por eso. Todavía andamos muy divorciados con el sentido práctico de las ideas y de las cosas. Mientras hemos forjado un iberoamericanismo al amparo de los discursos y del champán, Paniberoamérica se ha retrasado. He allí nuestra culpa.

Paniberoamérica necesita de considerando utilitarista. No es posible en el siglo en que vivimos dejar aparte la cuestión aprovechable en el rendimiento. Olvidar lo económico, lo cultural, para cambiarlo por un ensayo de palabrerías, no es tratar de construir. Por eso es que mientras más aseguramos la «amistad», la «cordialidad», así a secas, en cada República —mejor sería decir: provincias de Paniberoamérica— se crean aduanas perversas, pero de una recíproca perversidad para con nosotros mismos y únicamente aprovechable para los países extranjeros. Nos acometemos intensamente haciendo que los mercados de España y América sean de Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia, Italia y Japón. Nosotros pensamos en una amistad más inteligente. Yo no soy partidario del hermetismo aduanero, pero si es lógico suponer que entre los departamentos de Paniberoamérica existan preferencias atinadas. Familia que no se defiende, ha perdido sencillamente el instinto de conservación.

Vivimos desconectados dolorosamente, arteramente. En América hay ocasiones que el libro francés es más barato que el español. En América y España resuena con eco de

campana herida únicamente el hecho catastrófico de cada país. Sabemos de la caída de un Gabinete, de una revolución, de una epidemia. Pero nada más. El radio, el cine, sistemas de comunicación tan evidentes, se encargan solamente de eso y con una cierta malévola intención de agrandar los mutuos defectos. Pero indicar lo que somos, lo que significamos, es absurdo pensar que se pueda propagar entre los que nos pertenecemos.

Si lográramos la formación de una editorial común para editar libros sencillos dedicados a la masa estudiantil de Paniberoamérica, habríamos cumplido con un deber. Libros baratos que digan de cada sector, de cada hombre, en resúmenes inteligentes, forjaríamos la nacionalidad ambicionada mejor que los sistemas diplomáticos que no van más allá de las esferas oficiales mientras la médula popular se queda ignorante. Libros en las escuelas, en los colegios, en las universidades, es lo que necesitamos. Pero entiéndasenos bien: libros de mutuo análisis; digamos mejor: cartillas en las que aprendemos a sabernos conocer. Así como el escolar español tiene un noticiario de sus compañeros existentes en esta República, necesita poseer un dato de sus hermanos de allá, de América. Y nosotros, en cada República colombiana, pedimos con urgencia que se nos diga de todos, que se nos avisen otras noticias más halagüeñas que las catástrofes. Es necesario también que hagamos un reclamo a la prensa que se edita en España, Portugal y América, quisiera dedicar una sola de sus páginas al ideal de la Raza. Siquiera una página semanal destinada al inestimable bien de hacer conocer a conciencia y en detalle a cada sección. Y con este reclamo, hay otro, básico, que se relaciona con la cultura. Es urgente el establecimiento obligatorio en todos los planteles de educación de una cátedra que defienda el interés común de nuestros pueblos en un sentido esencialmente práctico. Lo indispensable es que creemos esta modalidad pedagógica en todos los programas de enseñanza. Las relaciones entre escolares paniberoamericanos, se impone: envío de álbums, de cartas infantiles, intercambio de inquietudes, parece que irían forjando un sentimiento fuerte como el que se precisa para mantener brillante prestigio de lo que somos. Un prestigio arraigado férreamente en el alma totalitaria de Paniberoamérica, para que sea fecundo. Nos declaramos rotundamente enemigos de un comprendimiento únicamente a base de for-

mulismos corteses en cada fecha que un pueblo celebra sus aniversarios patrióticos. Si la humanidad entera se esfuerza en estos momentos en laborar por la paz, ¿qué mejor tarea que la nuestra si está destinada a reafirmar la comprensión entre los que vivimos en un mundo más afín que el restante? La pedagogía moderna no puede ni debe dejar de acometer la más bella y la más humana de las misiones escolares: formar hombres que amen la paz universal. A Paniberoamérica el eterno fracaso del mundo en las gestiones pacifistas, se debe a que se intenta el antibelicismo cuando la humanidad está poblada de hombres educados en un sistema cargado de dudas, resquemores, nacionalismos exigentes. En tanto no se ensayan desde las escuelas el «Desarme Moral», nada se habrá conseguido en la humanidad. Todo seguirá igual: la misma horda de antaño disfrazada de civilización para el crimen de la guerra. Por eso es que Paniberoamérica necesita ser conocida, profundamente, gratamente, en las células de la cultura nacional que son las escuelas primarias. Paniberoamérica debe adelantarse al tiempo modulando el aspecto de una nueva civilización iniciada en las escuelas de todas sus Repúblicas. La paz debemos inventarla nosotros. Lo del Chaco, entre bolivianos y paraguayos, no es sino una revolución interior que acusa directamente a la inercia nuestra por no haber creado la Paniberoamérica. Tenemos fe que el Chaco se pacificará —aunque los días desfilan dolorosamente— si la labor conjunta de los pueblos hermanos quiere sentir el martirio de los dos en lucha. La cuestión Leticia, entre colombianos y peruanos, cedió el paso a la razón pacifista porque sin duda alguna se presintió en Paniberoamérica. Nuestro deber primordial es trabajar por la paz para superarnos en la armonía intercontinental inteligente y útil. Hay que defender con ardor una cierta sobrepujanza no arrimada en fusiles, sino en el afecto mutuo y en la evidente demostración de una prosperidad profundamente culta, profundamente civilizada. La misión que nos encomienda el minuto actual, es francamente bella e insospechada. Desde Méjico a Argentina, desde Ecuador a Brasil, desde América a España, debe tenderse una nueva atmósfera que desplace a la viciada por cualquier egoísmo que felizmente creo que no existe. Lo que nosotros mismos hagamos en contra de este ideal único, nos será fatalmente pernicioso. Lo que hagamos en favor de esta causa, nos enaltecerá. Y es que en Paniberoamérica todo

está preparado. Sólo hace falta sacudir a la apatía y comenzar la obra.

Estos reclamos no válidos para una charla, deben ser hechos por nosotros lo más inmediatamente. Es necesario que nuestros gobiernos se empeñen en coordinar el pensamiento de los pobladores de América y España. ¿No sería oportuno la reunión de un congreso paniberoamericano que formulara las bases respectivas tendientes a defender la grandeza de nuestro futuro y, sobre todo encaminadas a trazar el verdadero rumbo que debemos seguir si acaso no queremos que pese sobre nosotros el estigma de una dejadez suicida? Una serie infinita de congresos se verifican por todas partes, pero hasta hoy no se ha planeado el de la raza. De antemano advertimos que no creemos demasiado en la eficiencia de los Congresos mientras a ellos no se vaya llevando toda la responsabilidad que se requiere. Pero reclamamos un Congreso eficiente que trate, más o menos las siguientes premisas:

1º. Establecimiento de la ciudadanía paniberoamericana mediante la aceptación por todas las Cartas Políticas de las Repúblicas, de la «doble ciudadanía» con la estipulación de los derechos y deberes respectivos.

2º. Revisión total de los actuales sistemas aduaneros a fin de establecer tarifas preferenciales entre los negocios reciprocos de los países de la Raza, favoreciendo el intercambio comercial de estos pueblos que debe tener primacía sobre toda otra negociación efectuada con países extranjeros.

3º. Exigir el aporte económico de todos los Estados para la creación de una editorial Paniberoamericana destinada exclusivamente a la publicación de libros de texto para escuelas, colegios, universidades y más establecimientos de cultura de las Repúblicas.

4º. Creación de un servicio internacional de radio y cine educativo-informativo, con destino al servicio de Paniberoamérica.

5º. Defensa y cultivo de la lengua.

6º. Establecimiento de la franquicia postal gratuita para los libros que editados por la Unión fuesen destinados a cualquiera de los planteles educacionales de las Repúblicas, así como para toda clase de intercambio postal estudiantil o de Asociaciones culturales.

7º. Creación de un Tribunal dirigente, con amplia autoridad para los diferendos que existieren, o pudieran existir entre las Repúblicas de la Unión, porque es necesario proclamar, la propia intervención en los asuntos que sólo a Paniberoamérica le competen.

8º. Expresar una vez más que los pueblos de Paniberoamérica renuncian a la guerra como sistema de solucionar conflictos y asegurar ante el mundo su posición pacifista, exigiendo la implantación de todos los medios que fueren posibles para combatir a la guerra.

9º. Creación internacional de la Cátedra «Paniberoamérica» en todos los establecimientos de enseñanza, sean de la índole que fueren, encaminada a explicar los problemas comunes, seccionales y particulares a fin de arraigar hondamente el conocimiento de Paniberoamérica.

10. Crear el intercambio docente y educando entre los países de la Raza, para lo que se meditará en la manera de establecer la Bolsa correspondiente, así como la disminución del precio de pasajes en los servicios de los Estados, e intentar la fijación de un tanto por ciento de rebaja en los servicios particulares.

11. Reconocimiento de los títulos académicos y profesionales concedidos a los ciudadanos de Paniberoamérica por cualquier establecimiento Oficial de las Repúblicas.

12. Creación de becas estudiantiles.

13. Reclamar de la prensa internacional la necesidad de que dedique una de sus páginas a Paniberoamérica y exigir el mutuo canje entre las publicaciones de igual categoría.

14. Revisar las actuales tarifas postales, telegráficas, radiográficas, telefónicas y cablegráficas para fijar un precio único para todos los países y especialmente para el servicio de prensa que deberá gozar de preferencia en las tasas.

15. A más de las respectivas representaciones diplomáticas y consulares, crear la representación en el seno de los Parlamentos con derecho a voz en las discusiones de carácter internacional o en los temas de mucho interés.

16. Planear el estudio de la posibilidad de crear una línea de vapores de Paniberoamérica con destino a llenar todas las necesidades del transporte y pasajes.

17. Intentar el análisis económico seccional tratando de crear una defensa de la Economía de Paniberoamérica que

tenderá, sobre todo, al resguardo del capital invertido en una empresa paniberoamericana que amplie industrias y las cree.

18. Crear la Universidad Paniberoamericana.

19. Estipular, asimismo, otras medidas prácticas, útiles y que se interesen siempre por la cordialidad y prosperidad multifásicas de las Repúblicas de la Raza.

Así, muy a la ligera, se me vienen estos puntos indispensables en el Estatuto de Paniberoamérica. Hay otros varios aspectos que se deberían contemplar. Ninguno de los puntos expuestos o cualquier otro encaminado al mismo fin, no me parecen utópicos ni lejanamente realizables, si es que existe en verdad todo el afecto que han declamado los discursos. La realidad de muchos de ellos implicaría un paso acertado hacia la defensa común. Demasiado sabemos que el parcelamiento actual no puede traer buenos resultados si acaso nos declaramos enemigos de las relaciones prácticas entre los Estados nuestros. Hoy, precisamente, que el mundo se empeña en hacer conquistas de ayuda mutua, nosotros, los que pertenecemos a una raza heroica, prometedora, recia, deberíamos adelantarnos para dar un ejemplo digno de nosotros. Si Europa, con la plenitud de países harto diferentes en todo, se afana por crear los Estados Unidos Europeos, ¿qué razón puede oponerse a la creación evidente, sobre basamentos reales, de Paniberoamérica? Y he dicho creación, señores, porque en verdad, de verdad no se ha creado nada todavía. A mis ojos de viajero y de joven, no se ha asomado sino una realidad desconcertante. Paniberoamérica existe en el pensamiento de las gentes de aquí y de allá. Pero así, inmaterial, no puede subsistir. Reclamamos la cristalización de ese pensamiento en bien de nosotros mismos. Lo que anhelamos es un DOCE DE OCTUBRE inicial para convertirlo en el primer día del calendario de Paniberoamérica. Un doce de octubre en el que las Carabelas de Colón dejen de ser solamente temas poéticos. Un doce de octubre en que de todos los puertos de nuestro Estado de 25 Repúblicas, zarpen las Carabelas de la Raza rumbo al destino que nos depare la situación en el mundo y que, desgraciadamente, lo estamos postergando.

La gloria de Paniberoamérica existe y se impondrá. Nuestros pueblos felizmente no son potencias guerreras ni nunca reclaman prestigio por la suma de sus presupuestos de guerra o por sus arsenales bélicos. Fatalmente el mundo exige hoy estos certificados para el ingreso en no sé qué especie

de respeto impuesto por el terror de la fuerza en la paz o en la guerra. Pero esto es inadmisible entre los pueblos de Paniberoamérica. Nosotros nos respetamos y nos respetaremos a base de profunda cordialidad. Nosotros necesitamos oponer frente a este prestigio del armamento del que se hace alarde, el verdadero prestigio de la razón, de la cultura, de nuestra responsabilidad. Para nosotros sería imposible concebir que Cervantes, Cajal, Lope de Vega, Morelos, San Martín, Bolívar. Sarmiento, Rodó, sean menos que una batería de cañones. Los ecuatorianos no podremos nunca sustituir un prestigio de pólvora al otorgado a la patria por Juan Montalvo, apóstol de las libertades; José Joaquín Olmedo, el épico cantor de América; Espejo, máxima gloria auténtica de nuestro criollismo; Alfaro, Rocafuerte, García Moreno, Mejía, Maldonado, Vázquez y otros cien dignificantes, no podrían consentirlo jamás. Y Paniberoamérica conserva el respeto que le enseñara España para con su verdadera grandeza. Precisamente aquí encontramos el fundamento de nuestra común espiritualidad, que se marca a un mismo nivel inteligente en todas las latitudes de Paniberoamérica. Unidad, espiritualidad que destruye toda separación meramente geográfica de las fronteras y del Atlántico. Tenemos ganado el triunfo definitivo porque en nosotros es intangible el fiel trasunto del espíritu. El espíritu será todavía inmenso y decisivo mientras se hable castellano en el mundo de nuestra raza.

Cristóbal Colón no fué sólo con sus navegantes rumbo a la tierra americana. Fueron también más tarde las sombras de Cervantes y el Cid como emisarios del espíritu a confundirse en Manco Cápac y Guathémoc. Y si los hispanos de la conquista mezclaron su sangre con la de las Virgenes del Sol aborigen, precisa que vosotros sintáis hondamente el parentesco nuestro, así como es urgente que los americanos os ofrendemos gratitud. Pero como no se trata sino de saldar las cuentas de nuestro futuro, vosotros y nosotros, lo forjemos con denuedo.

Con esperanza ardiente de español, con fe mística de indígena, creo en Paniberoamérica. Y al saludar a España en esta remembranza que me ha evocado Quito, me inclino reverente ante su prestigio.

Madrid, diciembre 6 de 1934.